

EL PARTIDO POLÍTICO EN LOS ESTUDIOS SOBRE EL PRIMER PERONISMO¹

Nicolás Quiroga *

Resumen

Este artículo examina algunas investigaciones sobre el Partido Peronista durante el primer peronismo. La historia política abocada al período 1945-1955 ha examinado con creciente interés los conflictos y evolución de los partidos políticos vinculados al peronismo.

Las consideraciones realizadas en este texto apuntan a subrayar los avances de la literatura sobre el partido pero también a reflexionar sobre las posibilidades de escapar de modelos excesivamente rígidos con los que analizar las prácticas políticas. Desarrollo, con esa idea, la noción de “vida partidaria” para articular diversas investigaciones de prometedoras perspectivas.

Palabras clave: historia política - peronismo - primer peronismo – partidos políticos – historiografía.

Abstract

This article examines some research on the Peronist Party during the first peronism. The political history about the conflicts and development of political parties linked to Peronism in period between 1945 and 1955 is becoming more comprehensive and accurate.

I intend to highlight the progress of the literature on the Peronist Party, but also I intend to reflect on the possibilities of going beyond rigid models to analyze political practices. I developed the notion of "party life" to articulate various investigations of promising prospects.

Keywords: Argentina - political history - peronism – political parties – historiography.

Recibido: 07-10-2010.

Aceptado: 03-03-2011

historiapolitica.com



PROGRAMA
BUENOS AIRES
DE HISTORIA POLÍTICA
DEL SIGLO XX

¹ Este texto debe considerarse como la continuación de algunas ideas vertidas y discutidas en Nicolás Quiroga, “De la inexistencia a la ubicuidad. El partido peronista en la historiografía académica”, Omar Acha y Nicolás Quiroga, **El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo**, Rosario, Prohistoria, 2012, pp. 83-111.

* Investigador de CONICET. Profesor de la UNMdP. Correo-e: nfquirog@gmail.com.

Introducción

El título de este artículo es ambiguo. La primera frase parece indicar observaciones sobre textos de carácter historiográfico que estudiaron las actividades señaladas en la segunda oración. Esa segunda frase sugiere que se indagará sobre las actividades de las personas que entre 1945 y 1955 conformaron los planteles políticos del peronismo. Es preferible conservar esa inestabilidad para discutir problemáticas comunes a distintas investigaciones actuales, ya que a lo largo de este escrito postularé concepciones sobre la “vida partidaria” durante el primer peronismo, y tales supuestos no se hallan fuera del cauce historiográfico que pretendo revisar.

Siempre hay algo actual en los debates acerca de cómo se investiga sobre el peronismo. En algunos momentos, ese elemento del presente historiográfico pretendió establecer una distancia con el “tema”, tomando como dato un declive en la trayectoria del peronismo (en ocasiones adoptó la forma de un certificado de defunción), anunciando de algún modo el fin de la ansiedad que provoca cualquier asunto que por su mutabilidad nunca termina de situarse en el pasado. En otras ocasiones, el cambio o la “adaptación” del peronismo a medios y fines no previsibles fue considerado un aliciente para investigar sobre sus orígenes, bajo supuestos que en algunas de sus versiones más ingenuas constituyeron casi una nueva teoría de la recapitulación. Otras veces, el presente de la historiografía se dobló a sí mismo, y una vez convertido en dos presentes, obligó a revisar posiciones de uno con respecto al otro, como en la segunda edición de *Peronismo y cultura de izquierda*, en la que Carlos Altamirano eliminó el epílogo de la primera edición del 2001 –en el que aceptaba el fin del ciclo peronista en su filiación con la frase cookiana del “hecho maldito”– y se hizo preguntas sobre de la ronda kirchnerista y, en definitiva, sobre nuestro país luego de diciembre de 2001.² Otras veces, el elemento del presente se hunde en un segundo plano para dar lugar a cuestiones específicamente historiográficas: legitimidades fundadas en la ausencia de trabajos sobre lo que se investiga, en modelos de análisis a los que le falta demostración empírica, en el “hacer tesis”. Supongo que en las investigaciones sobre el Partido Peronista³ durante el primer peronismo estamos en esta última escena, aunque como espero mostrar, la coexistencia pacífica de versiones antitéticas sobre la significación de las prácticas políticas no se explica por una imaginada distribución de fragmentos de aciertos y precisiones, sino que guarda relación con maneras “profesionales” de escribir

² Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2011.

³ “Partidos peronistas” sería más preciso. Utilizaremos “Partido Peronista” como una forma estable y breve de referirnos a las distintas organizaciones que funcionaron como partido político para determinados grupos dentro del peronismo.

sobre primer peronismo en la actualidad, entre las que se incluye la posibilidad de habitar segmentos de relativo aislamiento.

Hace algunos años, Raanan Rein consideró que la investigación sobre primer peronismo había hecho un viaje de lo grande a lo pequeño, un desplazamiento hacia miradas de escala reducida. En ese texto, Rein argumentó que este movimiento obedecía a cambios generacionales y al debilitamiento de las pasiones, en un contexto posmoderno.⁴ Sin discutir ese intento de dar cuenta de los cambios historiográficos, es útil recordar en este punto que hubo otros momentos en el que la mirada sobre lo pequeño no puso en duda los grandes relatos y se montó sobre firmes concepciones políticas (por dar dos ejemplos: algunos programas de investigación sobre lo local en Inglaterra, y el programa de investigación del PEHESA sobre los “nidos de democracia”). Es probable que la proliferación de ponencias y artículos sobre cuestiones de pequeña escala haya sufrido más que un debilitamiento de las pasiones, un apartamiento protocolar de las mismas. La profesionalización de la actividad y el arreglo tácito que promueve el relegamiento de las posiciones políticas pueden causar nuevas capas y pequeños relatos desangelados de procesos históricos de tremendo dramatismo o pena, antes que ser explicados por estos asuntos. Experimentar un programa historiográfico descabezado puede provocar angustias en quienes deben probarse esos trajes pálidos (¿son síntomas de esa doble vida las escrituras efímeras en las redes sociales y blogs, los discursos más animados de los colegas en escenarios menos patrullados como presentaciones de libros o eventos para-académicos?). Sin duda, un síntoma más contundente de estos rasgueos sin arreglos mayores es el insistente reclamo de una síntesis. Frente al ejercicio –que se revela cada vez más dificultoso– de clasificar la ingente producción académica sobre el primer peronismo, el deseo de una síntesis sobreviene cada vez con mayor fuerza (Dice Rein en el texto citado: “definitivamente ha llegado el momento de articular las lecciones de esta gran variedad de estudios específicos para formular una renovada síntesis [...] que esté a la altura de los tiempos”⁵). ¿Es posible escribir el gran relato sobre el primer peronismo? Un poco de atención sobre la pregunta nos permite advertir la importancia del sintagma “primer” para cualquier respuesta. Ese término es el que no nos permite avanzar sobre una imaginada síntesis: lo que hemos entendido como una periodización operativa es también la doble conjetura sobre la especificidad de las prácticas políticas de las gentes (circunscriptas a diez años y estancas), y la naturaleza pasada del período analizado, es decir, muerto. ¿Cómo hacer coincidir los dos discursos existentes sobre primer peronismo: su vínculo con el presente y su cierre como época? Me propongo en este texto abordar algunos aspectos propios de la historia política sobre el primer peronismo para tratar de escapar a las preguntas que perciben un momento fragmentado en la investigación, y para entrever en la producción académica pistas que nos lleven hacia nuevos enfoques en lo que respecta al análisis del Partido Político Peronista. Para ello

⁴ Raanan Rein, “De los grandes relatos a los estudios de ‘pequeña escala’. Algunas notas acerca de la historiografía del primer peronismo”, Raanan Rein; Carolina Barry; Omar Acha y Nicolás Quiroga, **Los estudios sobre el primer peronismo. Aproximaciones desde el siglo XXI**, La Plata, ICPBA-DPPC-Archivo Histórico “Dr. Ricardo Levene”, 2009.

⁵ *Ibidem*, pp. 58-59.

escribo tres apartados a continuación: en el primero reviso textos importantes sobre el partido político y sobre las variaciones regionales del primer peronismo, dos líneas de investigación sustanciales; en el segundo argumento sobre las ventajas de la noción de “vida partidaria” para escapar, si así se quiere, de las ideas más rígidas sobre el “deber ser” de la política encriptadas en el término “partido político”; y en el tercer apartado reviso tres líneas de investigación que considero importantes para desarrollar, aún más, abordajes que comienzan a olvidar la angustia de la síntesis, y escriben las primeras letras de un programa que repone al primer peronismo en cauces más amplios, y que no opera con las continuidades leyéndolas sólo hacia la década del treinta, es decir sólo hacia atrás...

Partido Político y variaciones regionales⁶

A mediados de 1995 Moira Mackinnon escribió un artículo sobre el Partido Peronista que adelantaba lo que siete años más tarde sería desarrollado en su libro *Los años formativos...*⁷ Esto es, que la investigación sobre las luchas por la organización de lo que en 1947 se estableció como Partido Peronista permitía arrojar luz sobre el movimiento peronista en su conjunto, y en especial, sobre el modo en que el partido articuló problemáticamente formas disímiles y variables de participación política.

El texto cuestionaba una fórmula de sentido común que hasta ese entonces había controlado los estudios sobre el peronismo. La fórmula consistía en negar la necesidad o la ventaja de investigar sobre el partido político peronista ya sea por su carácter apéndice con respecto al Estado, ya sea por su inexistencia. Autores con diferentes preocupaciones y enfoques (Félix Luna, Walter Little, Marcelo Cavarozzi) se habían inclinado por desestimar ese campo para la investigación. Fue fundamental en 1995 establecer una red de referencias que hiciera convincente la sospecha de un desplazamiento temático (en la actualidad, encontrar autores y autoras que negaron la plausibilidad de estudiar el partido político devino casi un deporte). El asunto del partido político tenía algunos autores en su nómina (Walter Little pero también César Tcach quien le había dedicado especial atención en su libro *Sabattinismo y Peronismo*), pero no era un área de trabajo.⁸ Del año 1995 también data la compilación de Juan Carlos Torre, *El 17 de octubre de 1945* –libro que caracteriza un estado de situación–, en la que nada parece indicar que la enmadejada pugna organizativa de los peronistas,

⁶ Para un análisis más detallado y preciso de los materiales que cito en ese apartado ver: Nicolás Quiroga, “De la inexistencia a la ubicuidad”, op. cit.

⁷ Moira Mackinnon, “Sobre los Orígenes del Partido Peronista. Notas Introductorias”, Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli, José Villarruel (editores), **Representaciones inconclusas, las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946**, Buenos Aires, Biblos, 1995, pp. 223-256; de la misma autora, **Los años formativos del Partido Peronista (1946-1950)**, Buenos Aires, Instituto Di Tella-Siglo Veintiuno, 2002.

⁸ Walter Little, “Party and State in Peronist Argentina, 1945-1955”, **The Hispanic American Historical Review**, 53, 4, 1973, pp. 644-662; César Tcach, **Sabattinismo y Peronismo. Partidos políticos en Córdoba, 1943-1955**, Buenos Aires:Sudamericana, 1991.

durante los primeros años del movimiento, tenga relevancia alguna para reflexionar sobre el peronismo, justo en ese momento, a cincuenta años del 17 de octubre de 1945. Los núcleos de la investigación en curso estuvieron definidos en la tríada con la que el compilador definió una característica del desarrollo histórico del peronismo:

Estado, movimiento e ideología estarán marcados, pues, por el sobredimensionamiento del lugar político ocupado por los trabajadores organizados en el peronismo, resultado inesperado e indisoluble del desarrollo y el desenlace de la coyuntura en que se formó y conquistó el poder.⁹

Mackinnon, entonces, propuso un modo de vincular un tema importante para las ciencias políticas como es el partido político con las investigaciones históricas sobre el primer peronismo. Conviene detenerse en algunas implicaciones de ese viraje (aunque se trate de alcances imputados desde el presente).

En primer lugar, la propuesta de pensar el verticalismo de Perón como un punto de llegada –que la autora data alrededor de 1950–, y no como punto de partida, permitió mirar de frente a la lucha facciosa peronista. El verbo maestro del artículo de Mackinnon fue *reconstruir*. Es verdad que la autora identificó dos motores políticos que se desarrollaron hasta la verticalización de principio de los '50. (En el artículo del que hablamos, que alcanza hasta 1947 pero supone una inercia hasta 1949, indicó la existencia de dos partidos, el de los sindicalistas y el de los políticos. En *Los años formativos...* definió dos “polos”: el “carismático” y el “democrático”.) Pero a mediados de los noventa son más relevantes las problemáticas y los conceptos expuestos por la autora que sus iniciales conclusiones. Las propuestas de “indagar las razones”, “examinar las principales líneas y tipos de conflictos”, “reconstruir las iniciativas de tipo organizativo” y “examinar los ejes políticos alrededor de los que se expresa la disputa por los espacios” fueron sustanciales para una historia política sobre el primer peronismo, poco visitada por ese entonces. Cuando en distintos momentos historiográficos se trató de pasar revista a textos liminales para esa historia política, se insistió en recordar el libro de Félix Luna, *El 45. Crónica de un año decisivo*.¹⁰ *El 45...* fue un libro escrito a principios de los años setenta y bajo ningún precepto puede ser definido como un libro de historiografía académica. Uno de los elementos que dieron sentido a la recuperación de ese fascinante libro de Luna (que hace palidecer al *Perón y su tiempo*, el verdadero intento historiográfico del autor por abordar en tres tomos al primer peronismo¹¹) es precisamente que volvía sobre la experiencia de los protagonistas, un *pathos* que la carnadura sociológica no había logrado alcanzar en ninguno de sus intentos. Y esto último era un problema incluso para los peronistas que en los ochenta se esforzaron en discutir las interpretaciones canónicas sobre el primer peronismo.¹²

⁹ Juan Carlos Torre (compilador), **El 17 de octubre de 1945**, Buenos Aires, Ariel, 1995.

¹⁰ Félix Luna, **El 45. Crónica de un año decisivo**, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1971.

¹¹ Félix Luna, **Perón y su tiempo**. Buenos Aires, Sudamericana, 1984-1986, tres tomos.

¹² José Pablo Feinmann, **Estudios sobre el peronismo. Historia, método, proyecto**, Buenos Aires, Legasa, 1983.

Sin embargo, *El '45* era un libro que bajo criterios profesionales no era reproducible, mientras que las preguntas que Mackinnon formuló en su artículo y el modelo analítico que proponía para atacarlas, sí lo eran. La pulsión por “reconstruir” – por ese entonces novedosa: todavía en 1988 podía publicarse un libro con el título de *Racionalidad del peronismo*¹³ era domesticada por el enfoque de Angelo Panebianco, que apuntaba a estudiar el momento genético de un partido de masas. Con eso se conjuraba el sentido común peronista condensado en la figura de la “bolsa de gatos” de la famosa definición de Perón, que desencadenado hubiera legitimado una conversación autocomplaciente sobre las luchas facciosas. El texto de Mackinnon se ajustaba no sólo al anhelo historicista de establecer una *cercanía* con las gentes del período estudiado, sino que convenía con el precepto contrario que puntualiza un equilibrio: el requerimiento de una *distancia* con las pasiones del pasado. (Esa tal vez sea una de las razones por las que la historiografía sobre el primer peronismo nunca rumió su estrecha filiación imaginaria con la novela de Osvaldo Soriano, *No habrá más penas ni olvido*: la novela de fines de los setenta ponía las furibundas pasiones de los paisanos de Colonia Vela demasiado cerca del presente historiográfico, mientras que *El 45* estaba poblado de muchachones entusiasmados...)

En segundo lugar, la visibilidad del partido político como tópico interrogaba a las explicaciones que ponían el acento en el líder para dar cuenta de las dinámicas políticas del decenio peronista. Además de los avances de otras historiografías nacionales que trataron de comprender la consolidación de movimientos de masas a partir del examen del lugar del partido político en esos procesos,¹⁴ hacia mediados de los años noventa había suficiente producción en otras áreas para entrever al decenio de los dos gobiernos peronistas menos como la Tierra de la Genuflexión, y más como un período en el que los conflictos políticos estuvieron por fuertes dosis de agencia y contingencia.

Cuando a principios del 2000, Mackinnon publicó *Los años formativos...* las condiciones de recepción en el terreno de la historia política habían cambiado y una buena cantidad de historiadores e historiadoras advirtieron que su investigación en curso encontraba en ese libro sobre el Partido Peronista, una referencia insoslayable o, mejor todavía, un campo de interlocución. Para ese entonces tres líneas de investigación confluirán, no en un “campo”, sino en un espacio de lecturas y articulación: el enfoque partido-centrado de Mackinnon, las investigaciones que indagaban en los desarrollos genéticos específicos y heterogéneos del momento genético¹⁵ y la aproximación de Raanan Rein vertebrada bajo la idea de las “segundas

¹³ José Enrique Miguens y Frederick C. Turner, **Racionalidad del peronismo**, Buenos Aires, Planeta, 1988.

¹⁴ Emilio Gentile, **La vía italiana al totalitarismo. Partido y estado en el régimen fascista**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005 (2001 en italiano).

¹⁵ Entre muchos otros: Sandra Gayol; Julio Melon y Roig, Manuel, "Peronismo en Tandil: ¿Perpetuación conservadora, desprendimiento radical o génesis sindical? 1943-1948", **Anuario del IEHS**, 3, 1988; Adriana Kindgard, **Alianzas y enfrentamientos en los orígenes del peronismo jujeño: estructuras de poder, partidos políticos**, Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy, 2001; Mercedes Prol, "Peronismo y prácticas políticas. Sur de Santa Fe, 1945", **Estudios Sociales**, 21, 2001, pp. 107-127; Oscar Aelo, "Elites políticas en la provincia de Buenos Aires. Peronistas y radicales en las elecciones de 1948", **Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe**, 13, 2, 2002, pp. 89-114; Marcela García Sebastiani, 278

líneas”¹⁶. La lectura y el diálogo, desde ese momento hasta la actualidad, no ha cesado. Sin embargo, los sujetos políticos que esas tres líneas de aproximación instituyeron son lo suficientemente diferentes como para entrever diferencias elementales en los resultados posibles. Para Mackinnon, la investigación sobre las coaliciones dominantes en el Partido Peronista implicó, casi por imposición del modelo de partido de Angelo Panebianco, la idea de una espiral de poder poco entrópica, con menos fugas de fuerzas que lo que el estado de la investigación actual sobre primer peronismo nos permite suponer; para las investigaciones sobre acontecimientos políticos en ámbitos específicos, las nociones de élite, elenco, corriente, tradición o facción permitieron asignar nombres específicos pero circunscriptos a una dinámica que permanentemente amenazaba con devorar cualquier membresía; para el enfoque de las “segundas líneas” fue la idea de funcionarios la que permitió articular las dimensiones políticas y tecnoburocráticas del personal estatal de alto nivel (en Rein tal vez la idea estuvo inspirada por el trato asiduo con el archivo diplomático).

Una cuarta perspectiva, acaso la más visitada desde ese momento a esta parte, contribuyó a hacer más complejo el panorama: la idea de peronismos “extracéntricos”. La palabra pretende desligarse del término “excéntrico” y a la vez evocar la idea de “extramuros” para indicar que más allá del tipo de configuración que adoptó el peronismo en Buenos Aires, hubo otros desarrollos del peronismo en el interior. En la formulación de César Tcach, sin embargo, el plural de esos desarrollos se desdibujaba notablemente: el peronismo habría sido la marmita en donde confluyeron fuerzas tradicionales, no había pluralidad en la tesis última de Tcach.¹⁷ La excepción a esa mezcla fue el peronismo de la Capital Federal y alrededores, y las particularidades del precipitado, a principios del 2000, aún estaban por revisarse. Por “debajo” de esa idea acerca del primer peronismo, que volvió a escribirse en el prólogo de *La invención del peronismo en el interior del país* –uno de los libros más importantes sobre la historia política del primer peronismo–, lo que hubo fue la búsqueda de especificidades, el relevamiento obsesivo de las particularidades del peronismo en las provincias, en algunas ciudades importantes, en pocas localidades.¹⁸ Los protagonistas de esas historias fueron varios. En la compilación citada, las dos provincias más importantes fueron Santa Fe y Córdoba, que recibieron una doble aproximación analítica: un artículo que indagó sobre las tradiciones políticas que conformaron el sector político del peronismo, y otro artículo sobre los cambios y continuidades en el Estado provincial.¹⁹ Para otras provincias, los abordajes recortaban los escenarios de diferente manera.

“El Partido Socialista en la Argentina peronista: oposición y crisis de representación política (1946-1951)”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 13, 2, 2002.

¹⁶ Raanan Rein, “Preparando el camino para el peronismo: Juan A. Bramuglia como Interventor en la Provincia de Buenos Aires”, *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*; Amsterdam, 67, 1999, pp. 35-55.

¹⁷ César Tcach, “El enigma peronista: la lucha por su interpretación” en *Historia Social*, 43, 2002, pp. 129-139.

¹⁸ Darío Macor y César Tcach (eds.), *La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fe, UNL, 2003.

¹⁹ Las mismas preocupaciones pero repensadas luego de exhaustivas investigaciones pueden leerse en Natacha Bacolla y María del Mar Solís Carnicer, “A propósito del uso político del aparato estatal y la construcción de partidos políticos en la Argentina. Reflexiones sobre el peronismo en clave comparada:

El verdadero protagonista, entre todos los “actores” identificados por la producción académica que indicamos, fue el “conflicto”. Los relatos sobre la historia política del primer peronismo abandonaron las problemáticas sobre “racionalidad”, “autonomía”, populismo y carisma para identificar y reconstruir los conflictos constitutivos en diferentes ámbitos y escalas. Las pruebas abundaban; nuevas fuentes y nuevas preguntas redirigían la atención de historiadores e historiadoras hacia las tramas de batallas y desasosiegos en los que se revelaba el carácter agónico de la vida política de las gentes. La información fue vertida sobre moldes poco discutidos, pero ¿a quién le podía interesar la discusión conceptual cuando el trabajo intenso en el archivo iba trazando un dibujo que progresivamente tomaría la forma de una nueva síntesis? La pregunta parece provocativa pero se ajusta a la producción académica actual, surgida de ese momento que estoy revisando. Los vectores que la vertebraron son: a) la existencia de vacíos historiográficos; b) el relato minucioso de conflictos políticos escapa de una anecdótica del poder porque la investigación descubre continuidades y rupturas allí donde los protagonistas no las explicitaron; c) la diversidad de pugnas puede clasificarse a partir de la escala elegida, lo cual cede parámetros para evaluar la especificidad y la pertinencia de los relatos; d) las batallas libradas en distintos suelo tenían uno o varios finales: tanto si se trató de “organizar”, de “encuadrar” o “articular” la diversidad del momento naciente del movimiento de masas, los límites fueron el éxito de la empresa o el golpe de Estado en 1955. 1955 es, sobre todo, la clave no dicha en la investigación. Existe “primer peronismo” porque existió 1955. El año funciona como un polo de la periodización pero a la vez como el “borde del mundo” en la cosmovisión analítica. Sólo bajo la idea de que los peronistas del primer peronismo pueden ser analizados diferencialmente se puede sostener, en el mismo contexto historiográfico y sin entrever frondosos pliegues conceptuales, que la “peronización” significó durante el primer peronismo un avance del estado sobre la sociedad civil, o bien la colonización progresiva de sentidos peronista de la acción sobre instituciones de diferente naturaleza, y que la misma palabra implicó, para el período posterior a 1955, un desarrollo político de la sociedad civil o procesos rituales específicos para devenir peronista.²⁰

La conversación entre segundas líneas, elites políticas, peronistas-en-el-interior y personal del Partido Peronista se hizo bajo el ritmo taquigráfico de la escala. Tanto en *Los años formativos...* cuanto en *La invención del peronismo...* el lugar de las provincias en la explicación de los procesos de organización política fue destacado. Mackinnon, sin embargo, consideraba “situaciones provinciales” como intrigas que el Consejo Superior Peronista debía resolver. Su enfoque se mantuvo en los niveles altos de las estructuras organizativas. Lo mismo puede decirse del enfoque que Carolina

Corrientes y Santa Fe, 1946-1949” en **Revista SAAP** [online], 6, 1, 2012. URL: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-19702012000100003&lng=pt&nrm=iso.

²⁰ La versión más acendrada de la idea de “peronización” para el primer peronismo en Mariano Plotkin, **Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista 1945-1955**, Buenos Aires, Ariel, 1994; sobre las versiones de “peronización” para los años sesenta: Marina Alejandra Reta, “Huellas en el camino hacia la peronización: los estudiantes junto al movimiento obrero peronista”, **Nuevo Mundo Mundos Nuevos** [en línea], <http://nuevomundo.revues.org/38032>.

Barry, también bajo las premisas de Angelo Panebianco, ensayó para su investigación sobre el Partido Peronista Femenino.²¹ Con el esquema de Tcach y Macor, por otro lado, las provincias fueron consideradas unidades de observación y a la vez unidades de análisis. Esta disparidad hicieron y hacen difícil cualquier interpretación del lugar del partido político en los peronismos provinciales, en tanto las narrativas sobre los conflictos provinciales y su resolución o bien se manifiestan en la dilucidación de las facciones intervinientes, o bien en la reconstrucción de los modos locales de tramitar conflictos entre el partido madre y las secciones provinciales (con final cerrado de hecatombe con el golpe de Estado).

Así, desde un tiempo a esta parte, el conocimiento sobre la organización del peronismo en las provincias es cada vez más amplio y preciso. Es verdad que la elección de la escala provincial consistió en replicar hipótesis generales o preguntas aplicables para el partido madre, y que no implicó cuestionarios sobre conflictos intraprovinciales como tensiones centro/periferia; departamentos o partidos “ricos” y “pobres”, ruralidades o etnicidades²² pero el mapeo de las prácticas políticas nos permite en la actualidad nuevas preguntas sobre lo que hacían y decían los peronistas en esos primeros diez años del peronismo.

Para algunas de las provincias, sin embargo, el análisis de las instituciones partidarias no resulta relevante o se lo ha encarado con parsimonia. ¿Esto se debe a la certeza de que para los contemporáneos el partido político no fue una herramienta para la acción?, ¿obedece a la inexistencia de procesos de índole particular, como elecciones internas, designación de autoridades, etc.?, ¿o se trata más bien de la consolidación de un modo particular de análisis en el que los conceptos para “partido político” son precisos y no cuadran con las formas híbridas, diezmadas o borrosas de instituciones de valencia específica?

Algo de todos esos asuntos partidarios debe considerarse con detalle. En primer lugar, sólo en Buenos Aires la organización provincial del Partido Peronista se ajustó aunque sea por una breve temporada a los dictados de la *Carta Orgánica* en lo que respecta a la selección de candidatos.²³ Entre 1947 y 1950, el peronismo bonaerense se organizó “ejemplarmente”. La reconstrucción que realizó Oscar Aelo para ese proceso es singular también en tanto los elencos fueron rastreados exhaustivamente. Para Aelo, el diseño de partido ensayado en la provincia de Buenos Aires forma parte de la “memoria institucional” del peronismo bonaerense.²⁴ Por supuesto, bajo el signo de la escala provincial, es imposible arriesgar si se trató de un desarrollo posible que otras provincias no siguieron, o si fue un desarrollo específico de la corriente interna “mercantista”, esa misma que Félix Luna concebía como un “oasis” en el desierto no

²¹ Carolina Barry, *Evita Capitana. El Partido Peronista Femenino 1949-1955*, Buenos Aires, Eduntref, 2009

²² Excepciones importantes son los trabajos de Adriana Kindgard (ver el libro ya citado) para Jujuy, y el libro reciente de Alejandra Salomon sobre algunos pueblos de la provincia de Buenos Aires, *El peronismo en clave rural y local. Buenos Aires, 1945-1955* (Bernal, UNQ, 2012).

²³ Oscar Aelo y Nicolás Quiroga: “Modelos en conflicto. El Partido Peronista en la provincia de Buenos Aires, 1947-1955” en *Estudios Sociales*, número 30, 2006.

²⁴ Oscar Aelo, *El peronismo en la provincia de Buenos Aires 1946-1955*, Buenos Aires, Eduntref, 2012.

democrático peronista.²⁵ Con todo, las instituciones partidarias parecen haber tenido en Buenos Aires una dinámica que en otras provincias no tuvieron: mientras en Buenos Aires hubo dos elecciones internas (1947 y 1949) y las instituciones del partido como “congresos” y “consejos” determinaron autoridades y candidaturas (no sin que hayan existido cambios “excepcionales” en el organigrama real que tornan más complicado el cotejo de los reglamentos y las prácticas políticas²⁶), en otras provincias elecciones internas e instituciones partidarias no fueron más allá del nivel de las unidades básicas (elección de autoridades). ¿Esto es suficiente para desestimar el lugar del partido en la vida política de los peronistas? No lo parece. Tampoco parece suficiente para eso, la certeza de que para los contemporáneos las disquisiciones y purismos de los historiadores los tenían sin cuidado y no diferenciaban cabalmente “partido” de “movimiento”, no advertían sutilezas de términos como “rama”, “comando táctico”, “células mínimas”, y parecían moverse a través de imprecisiones léxicas y desconocimiento normativo entre las distintas agencias del partido y del Estado.... A juzgar por algunas de las más significativas contribuciones dedicadas a estudiar el peronismo en ámbitos provinciales, la “vida partidaria” ocupó un lugar destacado entre todas las actividades de los peronistas, incluso si las prácticas formales fueron pocas o disminuidas, y si la experiencia de las gentes desestimó detalles o no decidió implicarse en todas las agencias existentes.²⁷ ¿Cómo aproximarnos a esas dinámicas que escapan a las elites o a las agencias partidarias?

²⁵ Ricardo Sidicaro, “Las elites políticas peronistas y la democracia (1946-1955)” en **Estudios Sociales**, número 35, 2008, pp. 145-167.

²⁶ Un ejemplo importante: en la organización prevista por la Carta Orgánica del Partido Peronista de 1947, en las elecciones internas de nivel local se elegía un delegado al Congreso Provincial (y su respectivo suplente). El congreso provincial era la institución clave de ese entramado, en donde se designaban las autoridades partidarias provinciales y los candidatos provinciales y nacionales. A fines de 1947 y 1949, las “excepciones” a la regla de un delegado por localidad fueron legión. En algunos casos, como en Mar del Plata, la delegación local en 1947 estuvo integrada por más de cuatro delegados. En 1949 se modificó el número y se lo ajustó a la importancia electoral de cada circunscripción, pero de Mar del Plata la comitiva cerró con más de 10 personas por encima de ese nuevo número. Nicolás Quiroga, “La dimensión local del Partido Peronista. Las unidades básicas durante el primer peronismo, Mar del Plata, 1946-1955”, **Tesis de doctorado**, Doctorado Interuniversitario en historia, UNICEN-UNMdP, 2010.

²⁷ La lista de trabajos es extensa. Anoto los siguientes textos, además de los ya indicados: Oscar Aelo (comp.), **Las configuraciones provinciales del peronismo. Actores y prácticas políticas, 1945-1955**, La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 2010; Florencia Gutiérrez y Gustavo Rubinstein (coordinadores), **El primer peronismo en Tucumán. Nuevos avances y perspectivas**, Tucumán, Edunt, 2012; Mariana Garzón Rogé, “Orígenes y formación del peronismo en Mendoza, 1943-1955”, **Tesis de doctorado**, Doctorado en Historia UNICEN, 2011; María Mercedes Prol, **Estado, movimiento y Partido Peronista. La ingeniería institucional en Santa Fe, 1943-1955**, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2012; Ana Teresa Martínez, “Estado, economía y política en Santiago del Estero 1943-1949: Exploración de algunas condiciones estructurales de la cultura política”, **Andes** [online], 19, 2008, pp. 67-92; de la misma autora, “La prehistoria del peronismo en Santiago del Estero.: Laborismo, radicalismo y política criolla en las elecciones de 1946”, **Quinto sol** [online], 12, 2008, pp. 73-92, URL: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-28792008000100004&lng=es&nrm=iso;

Gabriel Rafart y Enrique Mases (comps.), **El peronismo desde los Territorios a la Nación: su historia en Río Negro y Neuquén, 1943-1958**, Neuquén, Editorial Manuscritos, 2003; Aixa Bona y Juan Vilaboa (coordinadores), **Las formas de la política en la Patagonia. El primer peronismo en los Territorios Nacionales**, Buenos Aires, Biblos, 2007; María Silvia Leoni, “Peronismo y transformaciones políticas en el Chaco (1946-1955)”, **Res gesta**, 43, 2005, p. 282

Partido y “vida partidaria” durante el primer peronismo

La principal diferencia entre los términos “partido político” y “vida partidaria” consiste en que el primero ha sido largamente debatido mientras que el segundo es un vocablo que trata de evitar la utilización de palabras que remitan a la política en general, o que relacionen unidireccionalmente partido político con “politización”.

Y esto obedece a que, por un lado, no todas las prácticas políticas de las personas estuvieron relacionadas, durante el primer peronismo, con el o los partidos políticos. Aquí hay que recordar otra vez la valía del enfoque antropológico sobre el “tiempo de la política” y la “adhesión” como modo de relacionar prácticas políticas y facciones.²⁸ En especial cuando se trata de poblaciones del interior, en donde las modernidades son soñadas o en cualquier caso híbridas, a las que se les impone, desde los análisis que se atienen a una definición indiscutida, dada por sentada, de la política “un único tipo de politización y un ligero etnocentrismo”.²⁹

Por otro lado, “partido político” no implicó para las elites peronistas, sobre todo desde 1949 en adelante, una organización que tuviera como uno de sus objetivos principales el de “hacer política”. De hecho sucedió todo lo contrario: Perón tempranamente mezcló en sus discursos sobre la conducción con mayúsculas, ideas más afines a las “ramas”, más figurables bajo el dibujo de los cuerpos que bajo las dinámicas de competencia. Desde las publicaciones partidarias, sobre todo a partir de 1951, se insistió en diferenciar lo que deberían hacer los peronistas de la política “comiteril”, del “confusionismo”, del “caudillismo”, y se prefirieron términos cercanos a las formas de organización confesionales (“evangelizar”, “predicar”, “custodiar”). Tal como lo escribió Carolina Barry, la idea de “unidad básica” prevista por el gobierno militar en un proyecto de 1943, no fue la de una célula para un nuevo movimiento político, sino la de una nueva célula para cualquier partido político.³⁰ Las funciones de

153-176; María del Mar Solís Carnicer, "El peronismo en Corrientes. Entre la frustración de la derrota electoral y la conquista del poder político (1946- 1949)", **Folia Histórica del Nordeste**, 18, 2010.

²⁸ El “tiempo de la política”, en esta línea, significa el momento en que las facciones existen plenamente, en conflicto abierto, e implica luchas entre dirigentes políticos y unos pocos seguidores, y por medio de la demostración pública de la fuerza de los votos, se busca menos derrotar a un candidato que hacer que la facción se confunda con el conjunto de la sociedad. Moacir Palmeira, “Política, facciones y votos” en Ana Rosato y Fernando Balbi (editores), *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*, Buenos Aires, Antropofagia, 2003; Moacir Palmeira y Beatriz Heredia, “O voto como adesão”, **Teoria e cultura**, 1, 1, 2006. Una perspectiva general sobre el contexto en el que surgen las investigaciones de Palmeira y Heredia en Karina Kuschnir, **Antropología da política**, Río de Janeiro, Jorge Zahar Ed., 2007. Para un abordaje en canteras locales, Julieta Quirós, **Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires**, Buenos Aires, Antropofagia, 2006.

²⁹ Para distinta época y distinto tema pero con iguales efectos: Pablo Alabarces, Daniel Salerno, Malvina Silba y Carolina Spataro, “Música popular y resistencia: los significados del rock y la cumbia”, Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (compiladores), **Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular**, Buenos Aires, Paidós, 2008, pp. 31-58. La cita en el cuerpo de este artículo es de la página 56.

³⁰ Carolina Barry, **Evita Capitana**, op. cit., p. 158.

esa pequeña institución no eran de naturaleza “política” porque ese término definía lo que se había hecho hasta entonces, es decir, implicaba todo tipo de incorrecciones y enajenamientos hacia la sociedad civil.³¹ Recordar las voces que buscaban erradicar la política de las agencias partidarias, más tarde grabadas en la letra muerta de la carta orgánica de 1954, nos indica que “vida partidaria” también significa hacer cosas que el partido no quiere que se hagan. ¿Cuáles son los límites y por lo tanto una parte del valor de un término como “vida partidaria”? Los límites son, precisamente, las borrosas fronteras de los asuntos sobre el partido político en esos años. Para dar algunos ejemplos que forman parte del conjunto: elecciones; festividades; rituales de desaprobación; procesos escritos y no escritos de negociación política; formas definidas y practicadas de intervención pública; mecanismos formales e informales de selección de candidatos; procesos locales de alterización; gestiones creativas para la construcción de instituciones tendientes a generar sociabilidades de diferente naturaleza; listas de objetivos, promesas, manifiestos y programas de los distintos grupos peronistas; convenciones sobre la disciplina y la identidad...No se trata de un catálogo que se ajuste a los intereses de la investigación sino de un registro de aquellas cuestiones sobre las que los contemporáneos dijeron o hicieron cosas. En algún momento de sus actividades se vieron en la necesidad de tomar posición o “hacer visibles” asuntos atinentes al partido político. Bajo la férula de las élites del Partido Peronista o el Partido Peronista Femenino esos momentos pueden no haber tenido lugar o bien pueden haber sido conjurados denegándoles lugar o nombres,³² pero eso no significó que no existieran como paréntesis o temblores en las prácticas políticas de las gentes estudiadas. Dos ejemplos servirán para demostrar que es posible indagar aún más allí donde ya se ha revisado concienzudamente la historia política durante el primer peronismo, ahora con otras preguntas. En lugar de leer las directivas partidarias como si fuera la concreción de las lógicas verticalistas y centralistas, leeremos ahora en ellas la necesidad de conjurar preguntas sobre límites y posibilidades y hasta la aparición de empoderamiento “a ras de suelo”. El primer ejemplo lo leemos en el artículo de César Tcach en la compilación *La invención del peronismo*...El historiador reconstruye un momento de “bajo nivel de institucionalización” del Partido Peronista de la provincia de Córdoba, a partir de la medida que ordenó la intervención de todas las unidades básicas de la provincia en 1953. El autor considera que eso no obedeció a las razones que arguyó el interventor (conocer los problemas de los departamentos de la provincia), sino que se debió a “la necesidad de evitar la formación de lazos estables e impedir –a través de una centralización a ultranza– la consolidación de micropoderes”.³³ En otro texto, firmado por César Tcach y Marta Philp, con abundante información sobre la “vida partidaria” cordobesa entre 1951 y 1955 (funcionamiento de las unidades básicas,

³¹ Nicolás Quiroga, “Unidad básica” (voz), en Samuel Amáral y Carolina Barry, **Diccionario del primer peronismo**, Buenos Aires, Untref, en prensa.

³² Como lo dejan en claro varios de los textos indicados en este artículo, prohibir el uso de términos reservados fue una de las tareas que más tiempo le insumió al Consejo Superior Peronista, que buscó inhibir el uso de términos como “ateneo”, “peronista”, fechas importantes del calendario peronista, nombres de dirigentes, etc. en las denominaciones de las instituciones del partido.

³³ César Tcach, “Obreros rebeldes, sexo y religión en el origen del peronismo cordobés” en Darío Macor y César Tcach, **La invención del peronismo**...op. cit., p. 53.

intervenciones de todo tipo, elecciones internas, ideologemas en pugna, visiones sobre el carisma, redes de asistencia social), la idea de un partido sin-todas-las-de-la-ley regresó a la palestra, pero bajo la idea de partido-movimiento peri-carismático, garante de la toma de decisiones centralizada.³⁴ A juzgar por la facciosa actividad política que los autores relevan en Córdoba, incluso en lo que compete a experimentos centralizadores –los que parecen haberse adelantado en esa provincia–, su definición se ajusta a lo que desde las elites peronistas se pretendió lograr, antes que a un partido-movimiento en busca de un lugar en la Tierra de las Definiciones.

Por otra parte, los preconcepciones suelen dominar la investigación a nivel de los cuestionarios, es decir, “antes” de cualquier interpretación, y en las interpretaciones sobre el peronismo en Córdoba algunas ideas sobre lo que debe ser un partido indujo a tomar como pruebas de un partido carismático a las declaraciones del reconocido dirigente bonaerense Carlos Seeber, y lo que se publicó en los diarios sobre lo que se discute en una reunión del Comando Táctico. Mientras que los autores, por el contrario, tuvieron sospechas hermenéuticas sobre la palabra de otro interventor acerca de las razones de su accionar, y prevenciones sobre la verificada ampliación de la autonomía relativa de las unidades básicas en 1952 (explicada por razones externas: crisis económica, conflictos con la iglesia católica, confrontación con los otros partidos).

Ese vaivén de “creer y sospechar” de los dichos de los protagonistas –que recorre también muchas otras de nuestras investigaciones– dejó fuera del registro de preguntas a los problemas que las agencias partidarias tuvieron para imponer modelos que se opusieron a la participación popular, la que no dejó de mostrarse toda vez que entrevió ámbitos partidarios de intervención. Y lo que es más importante, no nos permiten conocer cómo se construyeron esas formas de acción política en la que las gentes debieron litigar con interventores con capacidad de decisión, zonas de disciplinamiento, lealtades, pero también con oportunidades e indiferencia: los nervios mismos de la “vida partidaria”.

El otro ejemplo me permite indicar mejor que nos enfrentamos a problemas de índole conceptual. La investigación sobre el Partido Peronista Femenino emprendida por Carolina Barry es una de las más minuciosas que se hayan encarado en las últimas décadas sobre agencias partidarias. Conocemos gracias a esa investigación, el modo en que ese partido extraño fue implementándose desde las agencias altas hasta el nivel capilar. Conocemos también los distintos contextos de aplicación. En líneas generales, el relato discurre por tres capas de fundamentos: la reconstrucción de las metas, directivas y procedimientos “de arriba abajo” implicados en la puesta en marcha del Partido Peronista Femenino; la reconstrucción de las prácticas políticas relacionadas con esa puesta en marcha; y la correspondencia de esas reconstrucción con criterios teóricos sobre los partidos políticos, enunciados sobre todo en el libro de Angelo Panebianco, *Modelos de partido: organización y poder en los partidos políticos*. Sin embargo, en ocasiones, lo que en los papeles partidarios fue concebido como un

³⁴ César Tcach y Martha Philp, “Estado y Partido Peronista en Córdoba: una interpretación”, César Tcach (coord.), **Córdoba Bicentenario: claves de su historia contemporánea**, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados y Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2010, pp. 249-272.

objetivo (prohibición de las prácticas políticas de comité, tabú del ingreso de hombres a las unidades básicas femeninas, la promoción de actividades acorde a una concepción tradicional de la mujer), es confirmado a través de, otra vez, intervenciones o cambios drásticos de distinto nivel, o bien por medio de entrevistas en donde las personas interrogadas declaran justamente lo que los proyectos o directivas apuntaban. ¿Qué hacer las certezas que se exponen en las conclusiones?

Las mujeres participaron en el ámbito político, aunque con las limitaciones propias que les imponía su condición de mujeres y su pertenencia a un partido carismático. Además dada su posición en el PPF [Partido Peronista Femenino] y su inexperiencia política mostraron una ductilidad que los hombres difícilmente hubieran aceptado.³⁵

A lo largo del libro, la autora deja pistas sobre posibles desarrollos futuros de la investigación, a partir de verificar que esas mujeres dúctiles tramaban argucias contra otras, interpretaban la política en términos de poder, negociaban asociativa y competitivamente con los hombres (del partido, de los sindicatos, de otras instituciones) y, en ocasiones, actuaban “como grupos de provocación porque amparadas en su condición femenina, irrumpían en actos de la oposición provocando incidentes”.³⁶ Todo esto nos recuerda a las mascaradas que los estudios de género insisten en discutir, antes que confirmarnos el derrame de un proyecto estatal sobre la sociedad civil. Por otra parte, empezamos a conocer las prácticas políticas de las mujeres inmediatamente después de 1955. Poco después de esa fecha, las normas estrictas que el Partido Peronista Femenino había escrito en sus reglamentos ya no circulan con tanta celeridad. Y finalmente, la idea de “inexperiencia política” pudo utilizarse también con los hombres en 1945-1946, pero no fue ductilidad lo que primó en sus comportamientos... ¿por qué habría de suponerse esa conducta en las mujeres?³⁷ Pero además de tallar sobre los límites del sedimento conceptual con el que la historiografía actual investiga sobre los partidos políticos del peronismo, es importante indicar que en muchos de los textos que constituyen esa literatura estasiológica surgen nuevos modos de aproximación a la “vida partidaria”.

³⁵ Carolina Barry, **Evita Capitana**, op. cit., p. 357.

³⁶ *Ibidem*, p. 251.

³⁷ El debate sobre procesos electorales, la participación femenina y la historia sobre las mujeres está en movimiento, con cierta demora, acaso, con respecto a otros períodos. Ver Adriana Valobra, **Del hogar a las urnas. Recorridos de la ciudadanía política femenina, Argentina, 1946-1955**, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2010; y la compulsa publicada en la revista *Polhis* con la participación de Dora Barrancas, Adriana Valobra y Luciano de Privitellio, **PolHis**, 8, 2011, URL: <http://historiapolitica.com/boletin8/>.

Nuevas ideas sobre la “vida partidaria”

El estudio de las actividades partidarias de los peronistas no puede concebirse a partir de “atrapar” las prácticas en la periodización tradicional (1945-1955). En especial porque el o los proyectos tendientes a erradicar la política “de comité” de los partidos políticos peronistas no atravesaron la barrera de 1955. Cuando Perón en 1955 difundió su orden de equivalencia “cada casa de un peronista será una unidad básica” repuso el escenario inicial, es decir la configuración prefigurada en la carta orgánica de 1947, pero sobre todo estabilizó un panorama en el que la autonomía relativa de las normas institucionales se llevaba mejor con las convenciones y arreglos políticos que durante años fueron gestándose en la práctica misma.³⁸ Algunos investigadores han puesto atención a otros escenarios post '55, para considerar cómo se organizaban políticamente los grupos peronistas. No es extraño que hayan hallado formas de diálogo, intervención y lucha similares a las que se registraron durante el primer peronismo. Pero aquí interesa menos la “memoria institucional” de la que habla Oscar Aelo que los comportamientos políticos. Menos el lugar del partido, que remite a la aparición de esa entidad que a mediados de los años noventa fue novedosa para la historiografía, y más las múltiples maneras de experimentar la política de cara al Movimiento Justicialista en general y al Partido Peronista en particular. ¿En qué consisten los muchos momentos de “normalización” partidaria?, ¿cómo se procesó el reparto, el disenso y la publicidad de tales repartos entre las distintas “ramas” del movimiento?, ¿cómo se dibuja la traición, la unidad y otros mitos políticos fuertes en algunos partidos políticos?, ¿cómo se tramita la indisciplina?, ¿Qué significa el “corte de boletas”, el “ir por fuera”? ¿Cómo aprenden, reproducen y transforman los “delegados”, “interventores”, “representantes” sus roles? ¿Cómo se busca definir, en distintos momentos, la identidad peronista, y cómo esa identidad se lleva con procesos de legitimación política cuantificables como el voto? En la encrucijada de enfoques provenientes de las ciencias sociales y la historia, las preguntas sobre las prácticas partidarias de los peronistas deambulan por conceptos diversos pero nos enfrenta a la producción historiográfica “pequeña” con nuevo impulso. Las investigaciones sobre rituales de campaña, sobre formas “rutinizadas” de comportamiento, o acerca de las estrategias y efectos de las disidencias, si tienen algo en común es permitir la desnaturalización de la barrera 1955, y al mismo tiempo ejercitar preguntas sobre lo encarnado, lo incorporado, como “herramienta para la acción” de los peronistas. (Este último colectivo tiene más atención pero, por efecto también del cuestionario, resulta menos “esencializado”).³⁹

³⁸ “Es necesario seguir con nuestras organizaciones, tanto las mujeres como los hombres peronistas deben seguir reuniéndose para mantener el partido. Cada casa de un peronista será en adelante una *Unidad Básica* del Partido.” Perón, Juan Domingo: “A todos los peronistas” (1 de diciembre de 1955) en Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos de la Resistencia Peronista, 1955-1970*, Buenos Aires, Editorial De La Campana, 1997, p. 67.

³⁹ Entre otros: Ana Rosato, “Líderes y candidatos: las elecciones ‘internas’ en un partido político”, Ana Rosato y Fernando Balbi (editores), **Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social**, Buenos Aires, Editorial Antropofagia, 2003, pp. 61-80; Germán Soprano, “El

Aunque las debates sobre el lugar del partido político no tuvieron en el tema del carisma una estación (de hecho, en Mackinnon, el polo “carismático” se opone al “democrático”, mientras que otras versiones, la existencia del partido en el peronismo demuestra que el peronismo no fue una anomalía), el tratamiento de la “vida partidaria” de los peronistas nos obliga en indagar en las maneras en que se experimentaron los rituales políticos, no bajo premisas de sentido común como lo hizo Mariano Plotkin –entendiendo la ritualización como procesos que vaciaban del sentido original a formas repetidas de movilización–, sino con criterios antropológicos de interpretación, con los que conductas de “subordinación” y obsecuencia puedan ser leídas como ritos de identificación/desidentificación y como rituales de incorporación o confirmación de identidades en pugna.⁴⁰

Finalmente, las actividades comprendidas en este artículo como parte de la “vida partidaria” no pueden estar distanciadas de modo estático de otras actividades que desde la sociedad civil se relacionaron con la dirigencia política, las agencias del partido y las del Estado. En ese sentido la propuesta de Omar Acha acerca de la sociedad política argentina resulta fundamental para cualquier abordaje que pretenda analizar el modo en que las gentes percibían las múltiples modos de “salirse con la suya”, razón esta última que no siempre significa una empresa personal ni una empresa opuesta a las “razones” del partido político. La tabicada trama del asociacionismo de todo tipo y color y la poco repensada paleta conceptual para tratarlo (en donde “politización” es una forma deverbal de acción que caracteriza a quien escribe más que hablar de quienes supuestamente la practicaban) es un terreno en el que todavía hay mucho por discutir.⁴¹

Como he querido indicar, estos tres espacios de diálogo entre diferentes textos, no agotan las posibles canteras sobre el comportamiento político de los peronistas.

marketing político y la dinámica de las facciones partidarias del peronismo durante una campaña electoral municipal”, **Anuario de Estudios en Antropología Social**, 1, 2005, pp. 127-144; Steven Levitsky, **La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005; Fernando Balbi, **De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo**, Buenos Aires, Antropofagia, 2007; Julio Melon y Nicolás Quiroga (compiladores), **El peronismo y sus partidos. Tradiciones y prácticas políticas entre 1946 y 1976**, Rosario, Prohistoria, en prensa, 2013.

⁴⁰ Además de los citados en la nota anterior: Pierre Ostiguy, “Peronism and Anti-Peronism: Class-Cultural Cleavages and Political Identity in Argentina”, **Tesis de doctorado**, Universidad de California, 1998; Silvia Sigal, “Del peronismo como promesa”, **Desarrollo Económico**, 48, 190-191, 2008, pp. 269-286; Javier Auyero, “Evita como ‘performance’. Mediación y resolución de problemas entre los pobres urbanos del Gran Buenos Aires”, Javier Auyero (comp.), **¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo**, Buenos Aires, Losada, 1997, pp. 167-232; Fernando Balbi, “La dudosa magia del carisma. Explicaciones totalizadoras y perspectiva etnográfica en los estudios sobre el peronismo”, **Avá**, 11, 2007; Julieta Quirós, **El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)**, Buenos Aires, Antropofagia, 2011; Nicolás Quiroga, “Las Unidades Básicas durante el primer peronismo. Cuatro sentencias a debate” en *Nuevo Mundo-Mundos nuevos*, ISSN 1626-0252. <http://nuevomundo.revues.org/index30565.html>, 2008; Mariana Garzón, “Una *mise en scène* peronista provincial: discursos, imaginarios y *performances* del gobierno de Blas Brisoli en Mendoza”, César Tcach y Darío Macor (eds.), **La invención del peronismo en el interior del país**. Segundo Tomo. Universidad Nacional del Litoral, (en prensa).

⁴¹ Omar Acha, “Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo”, **Desarrollo Económico**, 174, 2004, pp. 199-230.

Tampoco supone que debemos hallar en eso que denominamos “vida partidaria” sólo procesos de inconmensurabilidad, fronteras de antagonismo y drama, o “sobredeterminación de la vida comunitaria”.⁴² Los enfoques que provienen de la discusión con las consideraciones de Ernesto Laclau o Jacques Rancière aún no han logrado articular la trama diversa y multicausada que hallamos en la vida partidaria del primer peronismo con conceptos y paraconceptos vertidos en los debates no tan históricos que los animan.⁴³ Sin embargo, terrenos de debate menos afectos a premisas liberal-democráticas sobre lo que debe ser el comportamiento político de las personas, tendría a los autores referidos en el equipo titular. Ya se trate de aproximaciones que especulen sobre el afecto político, los rituales, las “articulaciones” o sobre el fundamento cognoscitivo de las prácticas, ya se trate de especulaciones hacia adelante, en los “tiempos de la política” post ’55, o se trate de otras maneras no previstas por este artículo para escapar de las rejas del concepto “partido”, estamos frente a maneras de interpretar a los peronistas no en relación a las instituciones de gobierno y el Estado – que nos obligan a reubicar el debate toda vez que vuelven los asuntos de la *gobernanza*– sino en consonancia con los modos en que viven sus identificaciones, sean esos rabiosos, puntuados o confusos. Aunque no haya habido ciertamente lugar para todos; aunque la indefinición ponga a temblar a los documentos.

⁴² Barros, Sebastián. “Peronismo y politización. Identidades políticas en la emergencia del peronismo en la Patagonia Central”, en *Revista Estudios*, 22, 2009.

⁴³ Gerardo Aboy Carlés, **Los dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem**, Homo Sapiens, Rosario, 2001; del mismo autor: “La democratización beligerante del populismo” [en línea], historiapolitica.com, <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/aboycarles.pdf>; Alejandro Groppo, **Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano**, Eduvim, Córdoba, 2009; Julián Melo, “La democracia populista: populismo y democracia en el primer peronismo”, *Pensamiento Plural*, 3, 2008, pp. 23-42; Sebastián Barros, “La crisis de la deferencia y el estudio de las identidades políticas en los orígenes del peronismo”, *Papeles de Trabajo*, 8, 2011, pp. 13-34.